

¡Ataca tú!

Victor Solanas

© Victor Solanas, 2015

Todos los derechos reservados

[www. sb-ebooks. com](http://www.sb-ebooks.com)

ISBN: 978-84-15947-42-4

Diseño de cubierta: Esther Maré

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley,
cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública y transformación de esta obra
sin contar con autorización de los titulares de la propiedad
intelectual.

Nota del autor

La siguiente obra es una historia de ficción. No hay descripciones ni localizaciones, con el fin de que sea la propia imaginación la que recree de un modo más cercano esa información con total libertad. Así se logra un entorno universal. El lector, sea cual sea su contexto o su hogar, puede reproducir esta historia basándose en el mundo que le rodea. Potenciar el carácter y las acciones de los personajes es un recurso dirigido a la comprensión lectora con el propósito de lograr del lector una visión más allá de la imagen.

El libro pretende universalizar y acercar la realidad a la ficción, intentando crear un punto de partida común a todos los países y razas.

Hay que tener en cuenta que, en el momento de escribir esta historia, la situación del voleibol femenino era muy precaria, por lo que la imagen reflejada por el autor en el texto es un ideal que a día de hoy no existe, es una limitación del autor, único responsable de dicha imagen.

El hijo de la entrenadora

El pabellón de deportes acoge la fase final del campeonato de voleibol entre institutos. La segunda semifinal acaba de terminar y ellas están eliminadas. Las chicas están abatidas por la derrota. Nadia es la única que intenta mantener la cabeza alta. Busca a sus padres, se acerca a las gradas e intenta ser fuerte. Finalmente, agacha la cabeza cuando le ofrecen una botella de agua. La coge y la derrama sobre su cabeza para ocultar sus lágrimas. Lloro de rabia e impotencia porque las han barrido de la pista. Se agarra al primer hombro que encuentra y llora desconsolada.

-Vamos -le dice una voz-. Has jugado muy bien.

Meses más tarde, a principios de septiembre. Parece que el barrio residencial tiene nueva inquilina. Violet sale a saludar a su nueva vecina, una mujer rubia de pelo corto que saca las últimas cajas del maletero de su coche. Ambas se miran, gritan, se saludan, se abrazan. Marta y Violet se conocen desde bien pequeñas. Las dos amigas se separaron al escoger universidad y ahora por fin vuelven a encontrarse.

-Era una sorpresa -dice Marta.

Cuando las dos empiezan a hablar, Nadia aparece caminando por la acera cargada con una bolsa de plástico del supermercado. En cuanto Violet la ve, le hace un gesto con la mano para que se acerque.

-Esta es Nadia, mi hija pequeña -dice Violet.

-Sí, la conozco. Todavía conservo la memoria -ríe.

-H-hola -saluda la chica con cara de circunstancias.

-¡Oh, vamos, no pongas esa cara! -le dice su madre-. ¿Acaso no la reconoces?

-No -responde ella con total sinceridad.

-Es normal -dice Marta replicando a su amiga de la infancia-. Las jugadoras no suelen fijarse en los entrenadores.

-Marta será la nueva entrenadora del equipo de voleibol -anuncia Violet, orgullosa de su mejor amiga. Nadia se queda sorprendida por un instante antes de preguntar por el actual entrenador.

-Olvídate de ese pelagatos -le responde su madre-. Esta entrenadora, y cuando digo entrenadora es entrenadora de verdad, no solo entrenará a vuestro equipo, sino que además dirigirá el Seven, el equipo profesional que acaba de firmar un contrato de colaboración con el instituto.

Ahora sí que Nadia entra en shock. Esta no se la esperaba.

-¿No dices nada? -le pregunta su madre.

-V-voy a casa a-a guardar la compra -balbucea finalmente antes de salir de allí rápidamente.

-¡Aaains...! -suspira-. Con lo normalita que suele ser. . . -dice Violet decepcionada.

La chica entra en casa como un cohete, tira la bolsa de la compra sobre la mesa de la cocina y empieza a compartir la noticia con todo el mundo. La primera es su hermana mayor, que estaba en la habitación editando vídeos musicales. Después llega el turno de las redes sociales y las llamadas a los móviles.

Nadia está encantada, ilusionadísima. Su sueño de ser jugadora profesional empieza a materializarse. Ahora sí ve una posibilidad real de alcanzar un buen nivel y encontrar equipo al terminar el instituto. Incluso se fue a dormir pensando en cómo tendría que ser su primer contrato. “No hay que aceptar cualquier cosa”, se decía.

El verano encaró su recta final. El curso escolar dio su pistoletazo de salida y a finales de mes empezó la preselección para el equipo de voleibol del instituto. Marta lo tuvo muy fácil, ya conocía a la mayoría y se limitó a descartar entre las nuevas. Nadia estaba ansiosa por empezar la primera fase del campeonato y demostrar sus cualidades. El año pasado era la séptima jugadora y este año le toca estar en el equipo titular. “Debería ser titular. Seguro que seré titular”, se dice al observar la lista de convocadas para el primer partido.

Pero no es titular. Ha pasado de ser el primer recambio a ser el tercero. Y la dinámica no cambia en los siguientes partidos. El equipo gana y ella mira desde su silla. Frustrada, enfadada y decepcionada, salen a flote los nervios y los malos gestos. Sus amigas le piden un poco de paciencia. “Hazle la pelota”, le recomienda Alice. “A las nuevas les ha ido bien, juegan más que tú”. Esa última frase le sentó como un tiro.

Hecha una furia, se va directa a por la entrenadora. Laura intenta detenerla porque se teme lo peor, pero su intento de agarrarla fue demasiado lento.

-Perdone -dice llamando la atención de la entrenadora con una sonrisa.

-¿Sí? ¿Qué quieres, Nadia?

-Alice, Laura y yo habíamos pensado quedarnos un rato más a entrenar. ¿Podemos?

-¡Pues claro! ¡Ése es el espíritu! -le dice sorprendida-. Se nota que has salido a tu padre.

La felicita dándole golpecitos en el hombro mientras Nadia piensa: “¡Cómo se nota que conoce a mi madre!”. Laura y Alice no están tan entusiasmadas con la idea. Se quedarán porque es su amiga, pero eso no les borra el descontento de la cara.

-¡Con lo fácil que era decirle lo guapa que está!” -le reprocha Alice susurrándole al oído.

Marta da por finalizado el entrenamiento tumbando de una patada uno de los cestos lleno de balones. Todas las chicas se quedan estupefactas, no se lo habían visto hacer antes.

-Neus, tira ese cesto -ordena con expresión seria. Después se gira hacia Nadia y sus amigas, que se la miran atemorizadas:- Ni se os ocurra recoger nada -les dice amenazante.

-S-Sí -se asusta Laura, respondiendo por todas-. Cuando hayáis terminado lo dejáis todo tal cual, ¿de acuerdo?

Las chicas asienten con la cabeza y esperan a que todas se marchen del gimnasio. Alice aparta un par de balones con el pie y da un par de palmas.

-Bueno, ¿empezamos?

No lo tenían planeado, pero ya que están no les vendrá mal un pequeño entrenamiento extra. Ya llevaban un par de servicios cuando se abre la puerta del gimnasio y entra un chico que escucha música por un reproductor de bolsillo. Las chicas dejan de jugar y se lo quedan mirando.

-¿Qué hace este aquí? -se preguntan.

El chico deja su chaqueta sobre una silla. Luego pone en pie uno de los cestos sin mediar palabra y empieza a llenarlo de balones.

-Emm...-se le acerca Alice-. Perdona. -La chica le llama la atención chasqueando los dedos en busca de su mirada- ¿Qué estás haciendo aquí?

El chico se fija en las chicas y se da cuenta de que no está solo. Pulsa un par de botones de su reproductor y se saca los auriculares.

-Hola -les dice-. Perdonad, creía que ya no había nadie.

-¿Qué haces? -le pregunta Nadia.

-Mi madre me ha castigado y tengo que recoger el gimnasio durante un par de semanas -explica avergonzado.

-¿Tu madre? -pregunta Alice.

-¿Tu madre es...?

-*Touché* -responde disparándole con la mano derecha.

-¿Y por qué te han castigado? -quiere curiosear Laura.

-Bueno -dice tras recoger otro balón-. Le di un balonazo en toda la cara a uno de los chicos del equipo de fútbol y de rebote golpeó la cabeza de una profesora. -Las chicas lo miran mal-. Pero fue sin querer. Yo solo pretendía darle al cretino ese -puntualiza-. No quería buscarme problemas.

El chico se aleja de ellas y empieza a separar y a levantar los cestos. Viendo que él va a lo suyo, Laura propone seguir practicando un rato más y sus compañeras asienten. Tras un par de recepciones de Alice, un ruido llama la atención de Nadia. La chica gira la cabeza y ve al chico recoger un balón, hacer un servicio y encestar la pelota. Después se acerca a otro balón y encesta de nuevo. Lo repite una y otra vez en los distintos cestos que ha colocado, acertando desde todas las posiciones. “Vaya. . . “, se dice.

Terminado un divertido entrenamiento, Nadia vuelve a casa pensativa. Una de sus ideas de bombero le ronda la cabeza. Tras abrir la puerta y entrar en casa saluda a todos. “Ya he llegado.” En cuanto escucha su voz, Violet sale de la cocina y habla con ella. Le comenta que mañana por la mañana irá de compras con Marta al centro comercial para asesorarla con un par de electrodomésticos. Cuando Nadia oye el nombre de la entrenadora se queda parada. Y en cuanto su madre deja de hablar la chica reacciona con un “Sí, no te preocupes” y sube disparada a su cuarto.

-¿Se puede saber qué le pasa a esta? -le pregunta a su hija mayor.

-Ni idea -responde Neda mientras juega con la consola en el comedor-. Será una de sus ideas de bombero.

El sol brilla. Es sábado. Son las nueve de la mañana y un loco está tocando el timbre. Marta abre la puerta sosteniendo una taza de café. La mujer hace el esfuerzo de entreabrir los ojos y logra distinguir una figura humana que le es familiar.

-¡Hola! Soy la novia de su hijo. Habíamos quedado esta mañana para dar una vuelta.

Como si le hubieran despertado tirándole una roca sobre la cabeza, Marta pega un sorbo al café y sacude su cabeza.

-¿En serio? -pregunta incrédula.

Nadia duda. No tiene claro si la pregunta es retórica o si se lo ha tomado como una broma. Aun así, decide arriesgarse.

-S-sí -responde forzando la sonrisa para terminar de convencerla.

Marta lanza la mirada al cielo buscando la clemencia de los dioses antes de dar un buen trago de café y desfilan hacia la cocina diciéndole:

-Pasa, pasa. Tu príncipe todavía está arriba durmiendo.

La chica sube las escaleras y abre con delicadeza la única puerta que está cerrada. Allí está su bello durmiente, ensobrado plácidamente bajo las sábanas. Nadia se acerca sorteando los obstáculos de “la leonera” y lo zarandea un poco.

-Despierta, cariño -le dice dulcemente-. Hemos quedado para salir.

El chico abre el ojo izquierdo a medias para ver quién le habla. Tras unos segundos de silencio le contesta:

-¿Y quién se supone que eres tú?

-Soy tu novia -responde sonriente.

-Vamos, levántate. Tenemos una cita.

-¿En serio? -dice poniendo la misma cara que su madre.

-Sí.

El chico se da la vuelta y se tapa de nuevo para seguir durmiendo.

-Oye, cariño -contesta él-. ¿Por qué no me haces un favor y coges tu máquina del tiempo y vuelves dentro de un par de horas?

Nadia se levanta.

-He dicho ¡ARRIBA! -grita haciendo volar las sábanas.

Marta se asoma por la puerta de la cocina al oír el grito. “Pues sí que se llevan bien, sí. “

La nueva novia abre de par en par las puertas del armario y ventila un poco el pestazo con su mano derecha. Mientras tanto, su chico se sienta sobre el colchón.

-Las novias de verdad no hacen estas cosas -reflexiona decepcionado.

Nada más ponerse en pie, la chica le va tirando la ropa que ha de ponerse, del mismo modo que si le estuviera lanzando piedras. Tras recoger la camiseta del suelo, el chico mira atónito cómo Nadia se gira y le mete prisa:

-¡Veenga, vístete! ¡Que no tenemos todo el día!

-¿Puedes salir de mi cuarto y darme un poco de intimidad para cambiarme? - pide con tono molesto.

-Claro -le sonrío. La chica da un par de pasos hacia la puerta, pero vuelve enseguida hasta él. Le acerca su mano al oído y le susurra: Y cuando estés conmigo, no te pongas bóxers. Per-ver-ti-do.

Mientras ella sale de la habitación, el chico sigue anonadado sin poder soltarle una buena respuesta.

-¿SERÁ POSIBLE?! -se indigna tirando la ropa al suelo con rabia antes de volver a oír la puerta abrirse.

-Si en cinco minutos no estás listo, vendré a vestirme yo misma -avisa asomándose.

-Ahora voy, ahora voy -se apresura el chico a ponerse los pantalones.

Más tarde, en el centro comercial, el hijo de la entrenadora y su inesperada novia sorpresa se miran sentados en un banco.

-¿Y bien? -pregunta el chico malhumorado.

-¿Y bien qué? ¿No estás contento de tener novia? -lo ruboriza Nadia mientras le da codacitos en el pecho-. Además, tienes suerte; tu novia es muy guapa -añade orgullosa.

-Sí, bueno -responde repasándose de arriba a abajo-. Aunque no son muy grandes -piensa esbozando una cara de conformista.

Nadia reacciona agarrándolo con violencia por el cuello de la camiseta.

-¡Todavía me están creciendo! -masculla con rabia.

-Es igual. No importa -se disculpa.

-Jo-der. Encima es mentalista.

-Bueeeno...-dice para desviar el tema-. ¿Y cómo te llamas?

-Oh, perdona -dice arreglándose el pelo y recuperando la compostura-. No me he presentado.

La chica se lleva la mano al pecho para presentarse dándose aires de gran dama o de princesa de cuento.

-Me llamo Nadia. Soy la hija menor de Violet.

-Ah, vale -asiente el chico-. ¿Y quién es Violet?

-¿Pues quién va a ser?! ¡Mi madre, imbécil! -grita abriendo los brazos.

Entonces él sonríe encogiéndose de brazos como aquel que espera que le resuelvan una obviedad.

-La mejor amiga de tu madre -escupe con frialdad.

-Aaah, claro -responde pensativo-. La vecina -se dice-. ¡Qué gracia! ¿Y cómo es que salimos juntos?

-Es la fuerza del amor -suelta hipócritamente.

El chico tira hacia atrás su barbilla como gesto de buen entendedor.

-Fantástico -dice para consolarse-. Bueno, ¿y tú cómo te llamas?

-Puedes llamarme cariño -dice ella con sorna.

-¿Perdona? pregunta retóricamente mientras le clava el puño en la pierna como si fuera un taladro.

-¡Douglas! ¡Me llamo Douglas! Pero todo el mundo me llama Doug.

-Encantada, Doug -le sonríe antes de darle un par de besitos en las mejillas.

-Bueeno -suspira el chico pasándole la mano por la cintura para acercarse la chica un poco más-. ¿Y qué se supone que hacemos aquí?

Nadia agacha la cabeza mirando la zarpa que tiene encima y la pellizca con fuerza.

-No-me-so-bes -amenaza asestando una mirada asesina-. Soy una chica, tienes que tratarme con de-li-ca-de-za.

-Ya podrías ser un poco más cariñosa, ¿no? -se queja acariciando su mano dolorida.

-Vaaale, mira.

Nadia le da un besito en los labios.

-Ale, ¿contento?

-Sí, estoy en éxtasis -responde irónicamente.

A lo lejos aparecen Marta y Violet, que pasean hablando de sus cosas y van camino de pasar cerca de la parejita. Nadia las ve y se apura a sentarse sobre las piernas de su chico. Segura de que van a pasar por delante, lo abraza y empieza a besarlo, al mismo tiempo que sigue el paso de sus madres con el rabillo del ojo. Cuando se han alejado lo suficiente Nadia separa sus labios de los de Doug.

-¡Ey! ¡Casi me muerdes! No vuelvas a intentar meterme la lengua, pervertido -le amenaza poniéndole el dedo índice sobre los labios-. Soy una chica, no una muñeca hinchable.

-Pero...

-Calla.

La chica lo agarra y lo arrastra consigo siguiendo a sus madres. Marta y Violet curiosean una tienda de relojes y después siguen con su camino, mientras en la columna de al lado los chicos aparecen dándose un beso. Cuando entran en la tienda de electrodomésticos, Nadia y Doug están besándose en el banco que hay enfrente . Y cuando están en la cafetería tomando un café después de comprar un microondas, ellos están en medio del pasillo besándose de nuevo.

-Tu hija. . . es un poco pesadita.

-Sí -reconoce Violet.

-Es... es una edad muy difícil.

“Así verá que vamos en serio y se convencerá de que salgo con su hijo”, piensa Nadia, sin advertir que, desde el piso de arriba, alguien más lo ha visto todo. Laura y un par más de chicas del equipo asisten escandalizadas a la exhibición de besuqueos de su... “¿amiga?” con el hijo de la entrenadora. La conocen perfectamente y deducen, de forma acertada, que se trata de una estratagema para convertirse en la favorita de la entrenadora y así jugar más minutos.

La idea de Nadia es guardar discreción en el instituto a fin de no suscitar sospechas entre sus compañeras de equipo. La idea de Laura, de Alice, y de todas en

definitiva, es hablar con Marta al final del próximo entrenamiento para dejar las cosas bien claras.

A la hora señalada, Nadia entra en el gimnasio con expresión triunfante. Tiene muchas ganas y sonríe ante las malas miradas de sus compañeras. Entonces empieza el entrenamiento.

-¡Mejora esa postura! ¡Así no se puede hacer una recepción!

-¡Ese servicio es mediocre! ¡Mejóralo, maldita sea! ¡Potencia! ¡Coordinación!
¡¿Has olvidado cómo se hace un smash?!

-¡No! ¡NO! ¡NOOO! ¡Mal! ¡MAL! ¡MAAAAAAAL!

Arrodillada en el suelo, Nadia se mira las manos incrédula. “N-no puede ser -se dice. Esto es un infierno”. Nunca habían visto semejante bronca a una jugadora. En el vestuario la chica seguía en shock. No lo entendía. “¿Qué es lo que pasa? Estoy saliendo con su hijo. ¿Por qué se ceba conmigo?”, se pregunta sentada en el banco. Alice le da un par de golpecitos en el hombro para animarla. Cuando ella reacciona a los golpecitos, Alice parece querer decir algo. Se para a pensar y termina soltando:

-Lo siento, no sé qué decir.

Y como ella las demás. Que ven justa la respuesta de la entrenadora y se ahorran el corolario.

Por la puerta del vestuario entra Marta, que tiene por costumbre hacer algunos comentarios a sus jugadoras mientras se cambian.

-¿Hoy no te quedas a entrenar? -le pregunta a Nadia.

Las chicas se dan media vuelta, no quieren saber nada del tema. Nadia sigue zombi, se levanta instintivamente con la mirada perdida y responde abatida.

-Sí.

Da un par de pasos y mira a Laura, que le dice que ha quedado con su novio. Luego mira a Alice y esta le contesta que no tiene ganas. Decaída, sale del vestuario como alma en pena y vuelve de nuevo al gimnasio. Nadia se sienta sobre uno de los balones y medita en silencio buscando una explicación. Se pregunta por qué repetidas

veces e intenta encajar las posibles respuestas con la invitación de seguir entrenando que le ha dado.

Pero cuando Doug entra por la puerta a Nadia se le enciende la bombilla.

-¡Claro! ¿Cómo no lo he visto antes? Ella cree que no soy lo suficientemente buena para su hijo -la chica sonrío con una mueca-. Pero que no se preocupe. Yo demostraré que soy la chica ideal.

El hijo de la entrenadora empieza a repetir la rutina de encestar balones intentando no molestar a su chica.

-Oye -le dice Nadia acercándosele-, ¿tú juegas al voleibol? -pregunta intrigada.

-Jugaba, querrás decir -responde ofendido-. En este instituto no hay equipo masculino.

-¿Y tu madre no pensó en eso cuando decidió volver aquí?

-Mi padre murió hace ocho años -le explica-. Mi madre y yo estamos solos. Y este trabajo nos daba una casa y dinero, así que no hubo discusión.

-Vaya -responde impactada-. No lo sabía. Lo siento-. “Es una historia triste”, se dice. “¿Debería consolarlo?”, se pregunta mirando al chico.

-No pasa nada -le sonrío para restar importancia a lo dicho-. Lo único bueno es que ahora sí me deja tener novia. Ya no tengo que elegir entre el voleibol y las chicas -ríe por la nariz-. Pero no deja de ser irónico, porque hasta ahora las chicas no se fijaban en mí. Solo se miraban a los capullos del equipo de fútbol -añade con rabia-. Bueno -dice por decir, ya que ella es una de las fans de los capullos del equipo de fútbol-, son chicas necesitadas de cariño. Idiotas que no saben reconocer a un buen chico aunque se lo planten delante de las narices -explica con total hipocresía-. Vaya, no sabía que pudieras consolarme.

-Sí, bueno, tengo mis momentos. ¿Sabes? -Doug mira a su alrededor-. ¿Hoy no están tus amigas? -pregunta sorprendido.

-No -reconoce dolida-. Hoy no tenían tiempo y no sé si querrán quedarse más días. -¿Quieres que te entrene yo? -propone ante la sorpresa de su chica,

-¿Lo dices en serio?

-Claro, ¿por qué no? -le dice pasándole un balón-. Así dejarás de ser tan mandona durante un rato.

-¡¿Perdona?! -grita tirando el balón-. Ven aquí, ¡no huyas, cobarde!

Terminada la broma acordaron entrenar juntos cada día a la misma hora. Y Nadia aprovechó el momento para invitarles a él y a su madre a comer a su casa el fin de semana.

Aquel domingo Nadia planteó una auténtica batalla para conseguir la aprobación de la entrenadora. Se pasó toda la mañana en la cocina saliendo solo para saludar a los invitados. A la hora señalada, una ensalada con puré de patatas y trozos de fruta digna del mejor pintaplatos abrió fuego.

-¡Está delicioso! -dice Marta-. Cocinas igual de bien que mi hijo.

Nadia lanza una mirada asesina sobre Doug mientras le mascullo en voz baja: “¿Intentas boicotearme?” A lo que el chico niega rápidamente con la cabeza.

-¿Usted no cocina? -pregunta Nadia con un tono inocente.

-¿Mi madre? ¡Sálvese quien pueda!-Yo solo hago congelados y caliente comidas preparadas -explica Marta entre risas-. Yo no le doy mucha importancia a cocinar -dice antes de dirigirse a su hijo-, pero a ti que te gusta deberías estar contento de tener una novia que cocine tan bien.

-C-claro -responde Doug mirando de reojo el estallido de ira contenida de su novia. ‘¡Ding!’ Se oye de fondo.

-Es el rustido -anuncia Nadia aparentando poner buena cara-. ¿Quieres que te ayude? -se ofrece su madre.

-No, no, ya lo hago yo -Nadia va a la cocina echando pestes dentro de sí-. Se coloca los guantes y abre la puerta del horno dejando salir una cortina de vapor. Después saca la bandeja con el pollo rustido. “Yo no le doy mucha importancia a cocinar” “Deberías estar contento de tener una novia que cocine tan bien”. “¡¿Y para quién coño se piensa que estoy cocinando todo esto? ¿Para el tonto de su hijo?!”, piensa

con rabia. a chica presenta la bandeja de su rustido sobre la mesa y Marta queda muy impresionada.

-Oye, Nadia -le dice.

-¿S-sí?-Si quieres cocinar para Doug puedes venir a casa siempre que quieras. -

C-claro. - Responde forzando la sonrisa.

-La nevera suele estar llena de porquerías, pero tú me dices lo que necesitas y yo ya lo compraré. No te preocupes.

-Muchas gracias. Es usted. . . muy. . . amable.

Por desgracia, el banquete no parece haber calmado a la bestia. Las broncas continúan en los entrenamientos por mucho que vaya de compras con su “suegra”; o que vaya con ella a la peluquería; ni el maldito regalo de navidades logra que Nadia salga del banquillo. Aun así, sigue entrenando con Doug cada tarde. Entrenando hasta que quema toda su rabia y se sienta en el suelo usando sus brazos como respaldo. Nadia jadea hasta que una lata de refresco acaricia su mejilla.

-Gracias -dice cogiéndola. La chica abre la lata y ve a Doug sentarse frente a ella.

-¿Por qué te sientas ahí? -pregunta ofendida-. Siéntate a mi lado. Soy tu novia, ¿no? -el chico se levanta y se sienta a su lado. Nadia toma un sorbo antes de hablar-.
¿Por qué me odia tanto tu madre?

-¿Pero qué dices? -ríe-. ¡Ella está encantada! Está muy contenta contigo.

-Pues lo disimula muy bien -ironiza antes de dar otro triste sorbo. Su chico también bebe antes de un momento de silencio. No hay nadie más en todo el gimnasio. Es un silencio tenso.

-¿Por qué no crees en ti? -pregunta él.

-No, no es eso -replica-. Yo confío en mí, de lo contrario no estaría aquí...

-Peero...

-Pero últimamente me están pegando tantos palos tanta gente que hace que me cuestione si realmente vale la pena seguir. Parece que todo lo que hago no sirve para nada. Y me duele -añade con rabia-. Me duele porque me esfuerzo y me mato por el voleibol como nunca y tu madre lo único que hace es premiar a las demás.

-Mi madre tiene muy claro lo que quiere -La chica lo mira llena de curiosidad-.
¿Tanto la admiras?

-No -replica con tristeza.

-Mi madre y yo estamos muy enfrentados.

-¿Sí? ¿Por?

-Por todo -dice levantándose.

-Sigamos -tiende su mano para ayudarla a levantarse.

Desde ese día Doug empezó a mostrarse distante con Nadia, sin que la chica entendiese por qué. Entonces llegaron los últimos entrenamientos antes de las eliminatorias. Quedaban pocos días para la fase final y la entrenadora organizó un pequeño partido entre titulares y suplentes a puertas abiertas. En la grada se sentó Doug saludando a su madre con una gran sonrisa dibujada en la cara. Esto no gustó mucho a Marta, que frunció el ceño nada más verlo. Y en el banquillo se sentó Nadia, suplente del equipo de suplentes. Su rendimiento ha bajado de manera constante hasta ser incapaz de hacer un simple smash. Y cuando algunas de sus compañeras ven a su “novio” en las gradas empiezan a cachondearse de ella.

Marta se coloca el silbato en la boca y da la señal. Neus lanza el primer servicio. Empieza el partido. Un partido algo desigual, por lo que Marta va haciendo correcciones en ambos equipos. Corrige posiciones y marca las jugadas en determinados momentos. Terminado el primer set se realizan los primeros cambios. Por fin entra Nadia. Su chico aplaude y Marta la anima: “Venga. Sin miedo”. Como entrenadora está muy decepcionada con ella. Nadia se coloca para atacar desde zona cuatro. Marta silba y empieza el segundo set. Servicio. Recepción. Colocación. Nadia salta para realizar el smash pero se encuentra un balón que casi remata de cabeza y finalmente lo deja pasar de largo. Nada más aterrizar en el suelo ella y la colocadora se miran. “¿Y ese pase?” “¿Y ese fallo?” Las dos reniegan con la cabeza. “¡Repetimos!” Les exige la entrenadora.

Alice repite servicio. Buena recepción. Colocación. Balón para Nadia en zona cuatro. Pero nuevamente se encuentra una asistencia que a duras penas logra tocar para enviarla a la red. El balón cae a plomo. Ambas se miran de nuevo encogiéndose de hombros para pedir explicaciones. Pero antes de que empiecen a discutir Marta las llama para hablar con ellas.

-¿Qué os pasa?-les pregunta.

-¿Ahora resulta que no sabemos hacer un simple smash? -eso pregúntele a ella- responde Ninfa indignada.

-Hasta ahora no ha habido ningún problema con mis pases.

-Es cierto -reconoce Marta.

-Tus asistencias no han cambiado -la entrenadora se gira hacia Nadia y esta agacha la cabeza-. A ver, ¿qué es lo que pasa? Dímelo.

Marta le pone las manos sobre los hombros y se le acerca mostrando su lado más maternal.

-Quiero ayudarte, Nadia. Dime qué está pasando aquí. ¿Por qué no rematas esos balones? La chica duda en un principio pero finalmente alza la cabeza y la mira a los ojos.

-Son... son muy lentos... y demasiado bajos. Me obliga a frenar mi salto y a perder fuerza en el golpeo-. Marta levanta la cabeza sorprendida por la respuesta. “Muy bien”, dice mirando a Ninfa.

Tras un par de instrucciones a la colocadora las devuelve a la pista. Tras unos intentos fallidos en los que Ninfa intenta adaptarse a su compañera; Nadia logra por fin un buen remate. El balón atraviesa la pantalla y marca ante la duda de las dos receptoras. En la banda Marta está impresionada. Cada balón que remata Nadia destroza las defensas rivales. Neda, que no soporta perder contra su hermana, agarra a Laura por el cuello de la camiseta acusándola de dejarse ganar. “¿Pero no ves que cuando sale semejante misil no me da tiempo a reaccionar?!”, se excusa esta última. La entrenadora deja que las titulares discutan cuanto les dé la gana. La gota que colma el vaso es un remate desde segunda línea cuando todavía se podía hacer una asistencia. Ahora sí que

Marta está enfadada. Está muy muy cabreada. Se gira hacia la grada con los brazos cruzados y dirige su mirada llena de ira hacia su hijo. Este le responde con una triste sonrisa y ella le niega y reniega moviendo la cabeza de un lado a otro. Doug se encoge de hombros y baja la cabeza. Ahora mismo Nadia está a otro nivel, muy por encima de sus compañeras. Marta no duda en que podrá llevarla a los entrenamientos del Seven. Pero no deja de estar dolida. Dolida porque a sabiendas del talento de esa chica no ha sabido despertarlo y explotarlo. En cambio su hijo, sí. Ella le ha fallado a su rematadora y a su equipo. Su trabajo queda en entredicho y, si los padres de las jugadoras quisieran, podrían echarla. Podría ser el adiós al extra de entrenar al equipo del instituto. A pesar de los buenos resultados. Afortunadamente para Marta los remates de Nadia eran suficientes para tapar bocas. Ninguna chica cuestionaría su inclusión en el equipo titular.

Al terminar el partido Doug se acerca a su chica ofreciéndole una botella de agua y le dice: “Has jugado muy bien. “ Entonces la chica se lo queda mirando. Incapaz de mover un músculo mientras él le da un besito en la mejilla y se marcha del pabellón.

Al día siguiente, un chico castigado por su madre abre la puerta del gimnasio para recogerlo todo. En el centro, junto a la red, Nadia le espera como siempre.

-Ya sabrás que mi madre me ha prohibido entrenarte.

-Sí, también ha hablado conmigo -responde haciendo girar el balón que tiene en las manos.

-¿Y qué haces aquí? Quería darte las gracias.

-No hace falta. Ha sido divertido -dice girándose para recoger un par de balones y meterlos en el cesto.

-No te vayas -le dice ella cogiéndole de la camiseta.

-Verás... yo quería decirte...Doug se acerca poniendo la mano sobre el balón que ella sostiene.

-¿Sí?-...

-Quería decirte que empecé a salir contigo porque quería estar junto a tu madre. Quería estar en el banquillo del Seven y sentirme como una jugadora profesional. La

chica deja caer el balón. -¿Pero sabes qué? Ya no quiero estar junto a tu madre -le dice abrazándolo-. Quiero estar junto a ti -ahora sí, Nadia lo besa de verdad.